

cas estilísticas del autor constituían la norma o una exageración o si compartía pocos o muchos rasgos estilísticos con sus contemporáneos. Claro es que el autor del estudio no tiene la culpa de que tan poca atención se haya dedicado al mismo fenómeno estilístico en otros autores (fray Luis de León o Bernardino de Laredo son las excepciones relativas que acuden a mi mente, debidamente señaladas en la completa bibliografía al final del estudio). Las críticas de algunos contemporáneos habrían servido tal vez para enmarcar, en la línea de las indagaciones de María Paz Battaner por ejemplo<sup>3</sup>, las peculiaridades de un estilo como el de Quevedo, que podía despertar tanta admiración como hostilidad. De ésta al menos era bien consciente el escritor al expresar en el remate de la parte narrativo-discursiva de la *Vida de Marco Bruto* (antes de la reflexiva «Cuestión política») este deseo: «Consentid mi intención los que no aprobáredes mi estilo». Esperemos de todos modos que el modelo y ejemplo del profesor Azaustre cunda entre nuestros investigadores más perspicaces para extender a otros escritores coetáneos el mismo tipo de estudio. Sobre Quevedo no creo que pueda decirse mucho más al respecto.

Carlos VAÍLLO

López Grigera, Luisa, *Anotaciones de Quevedo a la «Retórica» de Aristóteles*, Salamanca, ed. del autor, 1998, 171 pp.

Comentaba Anthony Crafton, uno de los mejores conocedores del Humanismo europeo de los siglos XV y XVI, que sólo conociendo los textos que leyeron los humanistas europeos de esa época y recreando su biblioteca seremos capaces de comprender enteramente su cultura. No creo que haya nadie que ponga en duda tal afirmación. Desgraciadamente, en el ámbito de la filología española no hemos profundizado todavía demasiado en este tema. Pero en el caso de don Francisco de Quevedo hace tiempo que se vienen realizando esfuerzos para recomponer la que debió de ser una buena biblioteca, aunque pueda parecernos exagerada la afirmación de su primer biógrafo, para quien: «Juntó número de libros tan considerable, que pasaban de cinco mil cuerpos, aunque después de su muerte ni aun aparecieron dos mil, por no haberle asistido persona de confianza». En este punto hemos de resaltar la labor de Felipe C. R. Maldonado, Alessandro Martinengo y la de la

<sup>3</sup> «La lengua de Quevedo: comentarios críticos de sus contemporáneos», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, 57, 1981, pp. 105-21.

autora del libro que reseñamos, Luisa López Grigera, que ha descubierto en varias bibliotecas ejemplares que pertenecieron a Quevedo.

Precisamente uno de estos ejemplares es el que ha sido el origen del presente libro. Se trata de la traducción al latín que llevó a cabo Hermolao Bárbaro de la *Retórica* de Aristóteles y que Theobaldo Pagano imprimió en Lyon en 1547. El ejemplar se conserva en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander con la signatura 1.089, y acaba de aparecer una magnífica edición facsímil. La noticia de su existencia la había dado ya la profesora López Grigera en 1994, y para la edición facsímil había escrito las páginas introductorias que forman el estudio con que se abre esta obra.

El primer capítulo de la introducción lo dedica la autora a la biografía intelectual de Quevedo. Bajo el título de «Quevedo lector», se hace un resumen de la preparación y desarrollo intelectual del escritor. Para este apartado, en lo que se refiere a la familia de don Francisco, recurre a los recientes y magníficos trabajos de la quevedista francesa Josette Riandière en los que se nos descubre la esmerada educación que recibió durante su infancia en los colegios de los jesuitas, destacando el interés de la familia en que estudiara: «a ese niño había que asegurarle el que pudiera estudiar muy bien, pero no deja de ser curioso que desde temprano se le hubiera dedicado al estudio y no al servicio de la corte, como a los otros hermanos y hermanas» (p. 20). Aquí quizás podría haber acudido la profesora López Grigera a las investigaciones de Sagrario López Poza sobre la formación de Quevedo en el colegio y en la Universidad, aspecto este último que no aborda incomprendiblemente la editora. Hay que destacar el interés que manifiesta por acabar con la leyenda negra de la vida del niño Quevedo en Palacio que habían inventado algunos críticos de finales del siglo pasado.

Termina este primer apartado con un breve análisis de las lecturas y de la biblioteca del escritor áureo. Ya he mencionado al inicio de esta reseña la importancia de estos dos aspectos para esbozar un retrato auténtico del humanista que era don Francisco. Menciona la autora el hecho de que cuando nuestro autor acabó los estudios universitarios sus ocupaciones eran la lectura y la escritura, y que podemos adjetivarlo como un «lector empedernido», que había heredado una pequeña biblioteca de su padre (una veintena de libros) y que la suya debió de superar el millar. Lamentablemente, esta biblioteca se dispersó a su muerte y hoy en día estamos intentando recomponerla sirviéndonos por una parte de los libros que se han podido localizar en diversas bibliotecas españolas y extranjeras; por otra, de las declaraciones del propio autor, como la que se halla en el manuscrito autógrafo de la *España defendida*, que se conserva en la Real Academia de la Historia,

en uno de cuyos primeros folios se mencionan varios ejemplares que había prestado a amigos, y, por último, a través del estudio detenido de sus propias obras, del que podemos entresacar algunas de sus eruditas lecturas. Todos estos datos sobre sus estudios, sus hábitos de lectura y su colección de libros lo colocan entre el grupo de humanistas españoles de principios del siglo XVII.

El segundo capítulo, «La *Retórica* de Aristóteles en el Renacimiento y el Barroco», nos ofrece un breve, pero documentado, resumen de la trayectoria de la retórica aristotélica y su influencia en el Renacimiento europeo, sobre todo español. Destaca la profesora López Grigera la importancia de los estudios de retórica en nuestro país en los siglos XV y XVI, y la fuerte presencia en el reino de Castilla de la retórica helénica que llegó a Italia a principios del siglo XV. Fue en la Península Itálica donde se introdujeron a mediados de ese siglo las retóricas griegas, entre las que destacó la del Estagirita, que fue traducida al latín por Jorge de Trebizonda, iniciando así el gran número de traducciones a esta lengua del texto aristotélico. Precisamente una de estas traducciones fue la de Hermolao Bárbaro, reeditada varias veces a lo largo del siglo XVI. Dedicó la editora un breve apartado a la figura del humanista italiano Hermolao Bárbaro, que, en palabras de Francisco Rico, «atestigua el repliegue hacia la filología exenta que caracteriza (aunque no agote) la fase terminal del humanismo italiano, el corte en la línea de continuidad de hombres y quehaceres que nos llevan a las puertas del Quinientos [...] la maestría filológica arrinconó el sueño de refundar la civilización». Se dedican después unas páginas (38-47) al análisis de la retórica clásica en el Renacimiento español, destacando las figuras de Palencia, Nebrija y Fernando Alonso de Herrera. Termina la profesora López Grigera este apartado reconociendo la falta de un estudio sobre la influencia de la *Retórica* de Aristóteles en España: «Sí se puede afirmar que desde temprano en el siglo XV, vinculada a la presencia de Trapezuncio en España, la retórica del Estagirita tuvo significativa vigencia, pero necesitamos que los clasicistas rastreen esa presencia, que debió de haber sido importante, según se desprende de las consideraciones sobre su influjo teórico. Seguramente en el XVI tuvo mayor presencia» (p. 45). Cierra el capítulo un breve apéndice sobre las copias de ediciones de retóricas que se hallaban en los inventarios de un librero de Medina del Campo a finales del siglo XVI.

En el capítulo tercero, «Quevedo y la retórica», la profesora López Grigera aborda un tema muy interesante, el del Quevedo humanista y su conocimiento de la tradición clásica, sobre todo de la lengua griega, y su lectura de los textos en esta lengua. En el capítulo segundo de mi libro *El humanismo de Quevedo: filología e historia* he abordado con profundidad estos temas, por lo que me

honesto, y Torpe  
 Pímonio di lo que con el serido i la signi-  
 ficacion se expresalo honesto, o lo torpe.  
 Brijio  
 Pudo, ga que nadie pudiese hablar por fene-  
 te aunque la cosa real es de otra, y se diga  
 con sus propios nombres claros i ciertos pa-  
 rtes. Advierte Aristoteles con agudeza  
 reanota que murallas que no di de un  
 las arpe, i deo nestas, i brinas de honesto  
 i fuxes que se lo que las di de un. porque en las  
 frans la di nes i ciru, i lo que no nes  
 aunque ocultan las palabras de honesto,  
 emperian. lo mas i per de honesto de la  
 de honesto, esto se lee en el prologo.  
 Omerial i Juvenal i Teren bio

Anotación manuscrita de Quevedo a la *Retórica* de Aristóteles  
 traducida por Hemógenes Hermolao

Homero  
Propio en el principio de la prima  
na palabra e C finde su obra asida  
trada como en la Odisea

Traxios

Di que a un quelos Traxios no son en el  
argumento de la Fabula al principio  
e a fortiori se da en el prologo como ha  
~~en el~~ de Sophocles de Placido

Hernando y el Padre Anselmo

Lo que Curipides no hizo

Anotación manuscrita de Quevedo a la *Retórica* de Aristóteles  
traducida por Hemógenes Hermolao

parece muy interesante la aproximación y las conclusiones de la autora en este estudio que comento. Recalca la autora el hecho de que en los colegios de jesuitas los discípulos debían usar siempre la lengua latina en todo lo concerniente a las clases. Habiendo recibido esta educación clásica con los jesuitas y continuándola posteriormente en la Universidad, no podemos poner en duda los conocimientos de latín que poseía don Francisco, que incluso había escrito en esta lengua al gran humanista belga Justo Lipsio. Pero no sólo por estos hechos, sino también por su conocimiento de la literatura latina y algunas de sus obras (traducciones de Anacreón, Jeremías y el pseudo-Focílides, o la *España defendida*) tenemos constancia de su dominio de la lengua de Cicerón y Virgilio.

El problema se plantea cuando pretendemos determinar su conocimiento de la lengua griega. Señala acertadamente López Grigera que gran parte de la cultura y la literatura de esta lengua era conocida gracias a traducciones latinas. El dominio quevediano de esta lengua ha provocado opiniones contrarias. López Grigera acude en primer lugar a los juicios de los contemporáneos de Quevedo, y destaca que eruditos como Vicente Mariner, González de Salas y Nicolás Antonio «elogiaban la erudición de don Francisco en las lenguas sabias» (p. 56). En las traducciones que nuestro autor hizo de autores griegos queda claro que tenía a la vista traducciones latinas anteriores, pero esto, como muy bien afirma López Grigera, no supone que las siguiera, pues en ocasiones se permitía disentir de filólogos tan importantes como Henri Etiène. Hay que reconocer además, y eso ya lo había expresado Alberto Blecuá, que nuestro humanista trabajaba con los mejores procedimientos de la crítica textual de su época. Para concluir este punto la editora afirma acertadamente: «no podemos hablar de su helenismo con un concepto análogo al que empleamos para referirnos a Hernán Núñez, o al Brocense, que fueron catedráticos de griego en las grandes universidades españolas del Renacimiento; pero tampoco podemos negar que Quevedo supiera griego» (p. 60).

Establecido ya su conocimiento del griego pasa la editora a analizar brevemente los que poseía de la retórica, en general, y de la obra del Estagirita, en particular. No hay ninguna duda de que Quevedo conocía perfectamente la *Retórica* de Aristóteles, pues la cita con profusión en la carta al Conde-Duque de Olivares que figura al frente de su edición de la obra poética de fray Luis de León. Menciona también López Grigera como prueba de su interés por esta rama del saber la referencia de Lope de que nuestro autor había comenzado un discurso sobre retórica, lo que lleva a la editora a conjeturar, creo que acertadamente, que estaba recogiendo notas para «escribir más tarde sobre el tema que hoy llamamos la "literaturización de la retórica"» (p. 63). Termina este

apartado con la declaración de la importancia que tiene el hallazgo de un ejemplar de retórica anotado, no por un profesor, sino por un gran escritor, pues éste ayuda a comprender el gran papel «que tuvo la retórica en la producción de la gran literatura europea» (p. 65).

El cuarto y último capítulo de la introducción lo dedica a las jácaras de Quevedo. Estas composiciones fueron incluidas por González de Salas, o Quevedo, en la *musa Tersícora*. López Grigera esboza una breve historia de este género poético, del que destaca que es un tipo de romance vinculado a la novela picaresca, pues en estos poemas se narran sucesos de la vida de los rufianes y sus amantes. En el siguiente apartado se enumeran las dieciséis jácaras que se conservan de Quevedo y se hace un breve resumen de su historia editorial para acabar con la afirmación de que se necesita un estudio «que siga las especificaciones establecidas por González de Salas que las separa completamente como género de los Romances» (p. 75). Analiza, a continuación, este género partiendo de las ideas de Aristóteles sobre la metáfora, para demostrar que la novela picaresca utiliza una metáfora enaltecedora, empleada de forma burlesca en las jácaras, llevando a cabo el proceso de «honestar lo malo con buenas palabras». Concluye este capítulo con la referencia a una fuente no señalada de Hesíodo en el *Poema heroico de las necesidades y locuras de Orlando el enamorado*.

Cierran la introducción unas breves conclusiones en las que se resumen los principales puntos de la obra editada, concluyendo con su importancia: «este nuevo texto de Quevedo, aunque sea sólo unos borradores, echa nueva y reciente luz sobre su arte, al tiempo que nos permite acercarnos un poco mejor al significado que las teorías literarias del Estagirita tuvieron en la producción del arte que venimos llamando Barroco» (p. 88).

En la página 91 recoge las principales características del ejemplar de la *Retórica* y describe la existencia de tres tipos de anotaciones de distinta autoría: unas en los márgenes del texto y escritas en latín pudieran pertenecer a un catedrático de retórica; las que aparecen en las páginas blancas serían las de Quevedo, y, por último, existen otras en las páginas blancas y en los márgenes, de autor desconocido.

Se establecen a continuación los criterios editoriales. Por lo que se refiere al texto de las anotaciones quevedianas propiamente dichas, la autora ha decidido hacer dos transcripciones: una primera paleográfica, en la que debajo de cada una de ellas se transcribe el texto latino de Hermolao Bárbaro (pp. 101-32); la segunda es una versión modernizada acompañada de un interesante y amplio apartado de notas, en las que la autora demuestra su gran conocimiento de la retórica clásica, por un lado, y de la obra de Quevedo, por otro.

Nos encontramos, pues, ante un hallazgo importante por lo que significa tanto para los estudiosos de la retórica, la clásica y la renacentista, como para los interesados por la obra de Quevedo. Además, el descubrimiento de este ejemplar de la *Retórica* de Aristóteles supone un paso más en la reconstrucción de la que fue la gran biblioteca del humanista español. El estudio introductorio de la profesora López Grigera analiza con rigor y brevedad los principales temas que ayudan a situar las anotaciones dentro del contexto vital e intelectual de Quevedo, un Quevedo humanista que, gracias a trabajos como la presente edición, estamos empezando ahora a conocer y a valorar mejor, y de la España de los siglos XVI y XVII.

Victoriano RONCERO LÓPEZ

**Pont, Antonio Ramón, *Pedro Crisólogo en Francisco de Quevedo*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1997, 144 pp.**

Antonio Ramón Pont analiza en este trabajo la intertextualidad en una de las obras en prosa de Quevedo. Su objeto de estudio es, en efecto, la presencia de los Sermones de San Pedro Crisólogo («obispo de Ravena después del año 425 y antes del 432, durante el reinado de Valentiniano III y Gala Placidia», p. 18) en *Invidia*, de *Virtud militante* (aunque en algún apartado extienda los límites de su estudio hasta abarcar otras obras en prosa de Quevedo).

La obra de Pont que en este momento nos ocupa presenta, en su estructura externa, once breves pero densos capítulos (pp. 7-85). En ellos se va estudiando de forma escueta pero muy precisa el plan de trabajo de Quevedo en *Virtud militante*, obra en que se justifica la apelación a la doctrina del Padre de la Iglesia como garante de tradición y plena ortodoxia; se analiza la personalidad del santo y la variada temática de sus Sermones (los grandes ciclos litúrgicos, Salmos, Evangelios, Epístolas, vidas de santos...); se hace el estudio de la presencia de estos Sermones en el discurso de *Invidia*, a través de citas textuales, no sin extenderse también a la aparición de Pedro Crisólogo más allá de las citas directas. Hay, en todo caso, una profundización en el discurso de *Invidia* que permite afirmar que en las pocas páginas de Pont está mucho de lo que cabe decir del discurso quevediano en lo que a intertextualidad se refiere.